

# **Universidad del Sureste.**

**Campus Tuxtla Gutiérrez.**

**Iris Rubí Vázquez Ramírez.**

**Lic. En medicina humana.**

**Segundo semestre.**

**Actividad: ensayo.**

**Interculturalidad.**

**Dra. Magalli Guadalupe Escarpulli Siu**

**Miércoles 26 mayo del 2021**

## **LAS CONSECUENCIAS DE LA CHARLATANERÍA Y LA MEZCLA DE PRACTICAS RELIGIOSAS. TERAPIAS ALTERNATIVAS Y LA SALUD.**

Las creencias religiosas están presentes en cualquier sociedad humana, por pequeña o primitiva que sea. Son las que más destacan, pues resulta casi imposible concebir sociedades que no se hayan visto influenciadas por algún tipo de religión. En nuestra actual cultura, donde predomina la ciencia y la tecnología, no es fácil comprender plenamente otras culturas del pasado, e incluso del presente, donde la magia y la religión ocupan un lugar predominante. Y el arte de la medicina no es ajena a ello, aunque ahora este empapada de ciencia y tecnología.

El origen de la creencia curativa de la religión radica en el propio concepto del cristianismo, que siempre se ha demostrado como una religión sanadora. Un ejemplo claro de ello es Cristo, quien en los textos bíblicos la mayoría de sus milagros fueron curaciones, o como la ira de Dios se plasma en la población en forma de peste y enfermedades. Este tipo de creencias se basa en los poderes sobrenaturales tanto de Dios, la Virgen y de los santos de lograr interrumpir favorablemente una dolencia o sufrimiento sigue estando latente en la actualidad, siendo la iglesia la encargada de recordar sus fieles que la enfermedad era un castigo divino por sus pecados, siendo el único remedio contra ella la oración y la penitencia. Inclusive, la religión ha hecho que los santos dejen de ser mediadores universales para convertirse en especialistas de enfermedades concretas, ha estos se les conoce como “Santos sanadores” o “Santos auxiliadores” que serán venerados en base a la historia de sus vidas y martirios, siendo los patrones de una enfermedad.

Sigmund Freud plantea que la evolución de la humanidad atraviesa por tres etapas: una primera etapa animista, una segunda etapa religiosa y finalmente una tercera etapa científica, en la que nos encontramos, pero sin abandonar las anteriores. Ciertas situaciones en la realidad son ingobernables, como puede ser la enfermedad u otra desgracia, pueden provocar la aparición de ideas que nos imponen, producen

deseo, y que traducen en conjuros o cábalas o promesas a los Dioses de la salvación, la sanación.

Dice Freud que la fase animista se atribuye a la omnipotencia: en la religión, la cede a los dioses, sin renunciar de todos modos seriamente a ella, pues se reserva el poder de influir sobre los dioses, de manera a hacerlos actuar conforme a sus deseos. En la concepción científica del mundo no existe ya lugar para la omnipotencia del hombre, el cual ha reconocido su pequeñez y se ha resignado a la muerte y sometido a todas las demás necesidades naturales. En nuestra confianza en el poder de la inteligencia humana, que cuenta ya con las leyes de la realidad, hallamos todavía huellas de la antigua fe en la omnipotencia.

La evolución de la medicina se orientó en los últimos siglos hacia un accionar más racional y menos empírico, basado mucho más en el método científico que en la intuición y en los sentimientos. Esta búsqueda pertinaz de alejarse de la toma de decisiones basadas en la subjetividad, desembocó en lo que en la actualidad se conoce como medicina de la evidencia de Sackett y Guyatt.

Durante el último siglo, se produjo un cambio radical en la relación entre el médico y el paciente, vinculado con un proceso de objetivación y distanciamiento emocional entre ambos; la confianza se tornó desconfianza; el sacrificio en contrato comercial. La omnipotencia de las ideas fue en gran parte desplazada por la Ciencia y la Tecnología, la especialización y la mercantilización médica.

La proyección del poder del curador sobre el paciente, se encauza a través de una fe compartida (de allí la “con-fianza”) que nace de la omnipotencia. Sin este aspecto los pacientes quedan desamparados, desorientados, desalmados, desconsiderados, desvalorizados, desesperanzados. La dignidad del paciente está vinculada con el valor que se le otorga; con la consideración de su persona, lo que incluye el reconocimiento de su entorno mitológico, de su sistema de creencias. El animismo primitivo y la tendencia innata de la humanidad a construir mitos

explicativos de su situación en el mundo, con el advenimiento de la Ciencia, se alteró profundamente.

La experiencia mística en las sociedades primitivas es privativa de una clase de individuos: los chamanes, los “hombres-medicina”, los magos, los curanderos, los extáticos. Se distinguen por la intensidad de la experiencia religiosa y suelen ser investidos de poderes sobrenaturales, ocultos a los demás, que están en relación con los espíritus, con lo divino o con lo demoníaco.

En casi todas las civilizaciones primitivas, se puede ser curador a través del aprendizaje de experiencias sensoriales de éxtasis y de complejos modelos explicativos de la realidad integrados en una mitología particular, que incluye los fenómenos familiares de la Naturaleza que le rodean y que dan o quitan caprichosamente. Los chamanes suelen ser los guardianes de las tradiciones por transmisión oral. Son memoriosos y transmiten su sabiduría de generación en generación. Sin embargo, la medicina moderna ha preferido creer en la Ciencia y no en la Magia, pero al desdeñar a esta última, ha perdido conexión con una parte íntima de los pacientes que todavía está presente y necesitada. El ingreso del médico al modelo antropológico de la enfermedad del paciente, y en particular el conocimiento de la ubicación y potencia de su figura en él, es necesario para que la moderna medicina sea realmente eficaz. Es necesario saber y utilizar el “mejor tónico” para el enfermo, que es la presencia médica.

Lejos estamos de propugnar que el médico actual se convierta nuevamente en un chamán o en un sacerdote, pero sí, que debe estudiar en profundidad los distintos sistemas de creencias que están en las raíces de nuestra civilización y su evolución histórica, porque son la base espiritual de la relación médico paciente. Frente a la desgracia ingobernable de la enfermedad el paciente es invadido por ideas omnipotentes que es necesario conocer. Hasta cierto punto, el médico actual debe tener también algo de chamán y de sacerdote. Ellos tienen el poder de encauzar adecuadamente las esperanzas y dignificar al enfermo.